

Las plazas duras de Barcelona

*J. Enrique Peraza,
Arquitecto*

Después de los excesos del crecimiento indiscriminado de muchas grandes ciudades europeas, los urbanistas han iniciado una marcha atrás para intentar la recuperación del concepto de ciudad como espacio habitable más grato.



Plaza de Felipe II.

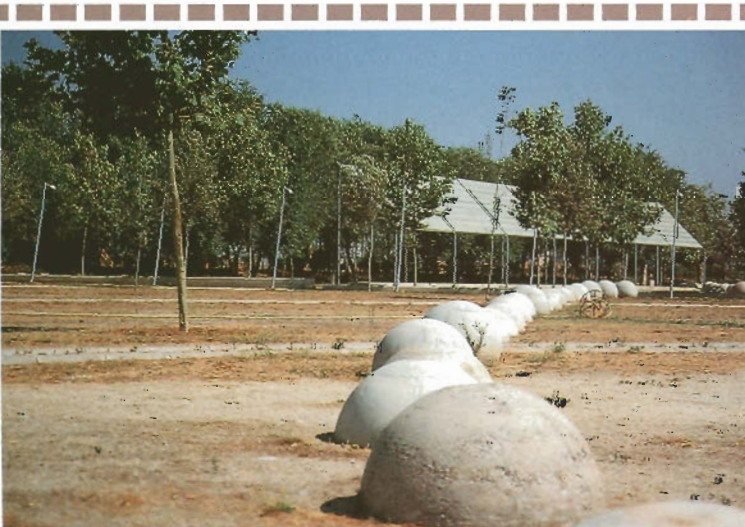
La diáspora del “urbanita” hacia el campo además de al deseo de recuento con la naturaleza obedece a la opresión que encuentra en el medio urbano y a la carencia de espacios de fuelle no edificados. Estas plazas pretenden abrir este tipo de huecos tratando el mobiliario urbano con unos medios que hagan la escala más humana. Para ello no basta la existencia de parques, a los que también hay que desplazarse y cuyo aporte de desahogo es más bien puntual.

Barcelona se encuentra entre ese número de ciudades que sufrió un ensanche indiscriminado en los años 60 y 70 y que está intentando corregir esos errores.

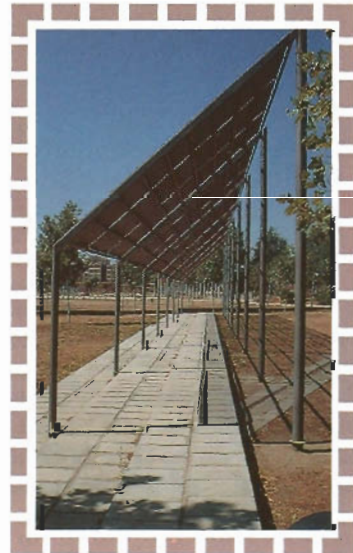
La presencia de Oriol Bohigas en el Ayuntamiento ha sido un factor decisivo en la potenciación de las “plazas duras”, un fenómeno típicamente barcelonés, pero con clara influencia en el resto de España. Las plazas responden al concepto de espacio abierto que tiende a aligerar el paisaje edificatorio mediante zonas de recreo y expansión.

Las plazas duras como espacio insertado en el tejido urbano se están resolviendo de una manera poco convencional y están siendo contestadas por una buena parte de la ciudadanía. En la mayoría de los casos se resuelven con grandes espacios vacíos surcados apenas por vías circulatorias virtuales con pavimentos de acabado duro cuando no es simplemente tierra apisonada. Se aportan unas leves referencias de sombra, pero más como concepto que como realidad, ya que se consiguen no con árboles (Que en invierno dejan pasar el sol y en verano lo cierran) sino con unos parasoles de malla metálica muy abierta. En el mobiliario urbano pesa más la componente de diseño que la ergonomía transformándose con frecuencia en meros objetos más que en muebles usables. Se aprecia aquí el peso de la gran tradición catalana de diseño que busca la expresividad a través de elementos formales muy sutiles y buenos acabados. La tendencia en materiales se orienta a los más naturales, entre los que tiene gran cabida la madera, que convenientemente tratada aporta una textura y color agradable. El agua se usa poco al igual que la vegetación cuya presencia parece limitarse a una cita alegórica de “la naturaleza dentro de la ciudad”. El resultado a nivel visual es más bien desolador y de hecho son poco utilizadas: el jubilado, la madre de familia con niños busca más bien el banco clásico y los árboles. A modo de anécdota cuando estaba tomando fotos de la Plaza de la Palmera una señora se me acercó para preguntarme si escribía para una revista y me dijo que escribiera que los vecinos estaban hartos de esa plaza donde no se puede hacer nada, que donde están los árboles no se pueden sentar y que, encima, venía un montón de gente a fotografiarla. Se vuelve a resucitar el viejo enfrentamiento entre arquitectos y usuarios. Por una cierta deformación, los primeros tienden a imponer a los segundos, por encima de sus requerimientos funcionales y psicológicos, avalados eso sí por las exigencias de modas imperantes, un tipo de arquitectura urbana completamente al margen de sus legítimas aspiraciones. El arquitecto llevado en algunos casos por un falso mesianismo se deja llevar por la tentación de educar al usuario en vez de servirle en lo que necesita. El sueño de la razón vuelve a producir monstruos. No se trata de echar piedras al propio tejado, sino de corregir dos defectos claros. Por un lado se da un excesivo “plantismo”; algo queda muy bien en planta y no se considera la tercera dimensión y la planta, a escala real es completamente

S. Adriá de Besós



S. Adriá de Besós



S. Adriá de Besós

imperceptible. Por otro, hay que saber compatibilizar la estética con la función (incluyendo ésta tanto lo funcional como lo psicológico) y no hacer “esculturas minimalistas” completamente inútiles. No se trata de quedarnos en lo folclórico o en el revival sino de avanzar pero considerando todas las variables del problema.

Las imágenes que acompañan al texto se han tomado de algunas de estas plazas. El Parc del Besós de Albert Viaplana y Helio Piñón está enclavada en pleno barrio gitano de San Andrés y quizás por esta condicionamiento de posible agresividad ambiental se ha resuelto con escasos elementos: unas grandes bolas de hormigón siguiendo unos trazados aleatorios y con diferentes penetraciones en el terreno marcan unas sendas alegóricas, unas circulaciones pavimentadas sencillas surcan el parque, unos cuantos parasoles de malla metálica proveen una efímera sombra sin bancos debajo, por último unas manchas de verde siguiendo el esquema de jardín inglés rompen sin un orden determinado el trazado de la plaza. Aquí y allá algunos bancos de hormigón y madera, una columna truncada, unas zonas de juego. La Plaza de la Palmera es aún más purista: la planta cuadrada está rota en su diagonal por un gran muro que impide la visión de la otra parte. Aquí en un suelo de tierra apisonada se erige, enfrente de la única palmera, una enorme torre de iluminación que recuerda enormemente la tribuna Lenin de Lissitzky. Allí, un pequeño templete de música está surcado por hileras de pinos a muy escasa separación. La obra es de Barragán y de Sola. Las otras son de Sants y de Felipe II, aunque los ejemplos podrían multiplicarse.



*Plaza de la Palmera,
Barcelona*



*Plaza de Felipe II,
Barcelona*